

FOTOCOPIADORA
C.E.Psi
Estragos Post modernos
Folio 16 SF
DF 4

FOLIO: 16

Cuando la neurosis no es de transferencia

Haydée Heinrich

Homo Sapiens
EDICIONES



Colección la clínica en los bordes



CAPITULO III

LA CONSTITUCIÓN DEL SUJETO EN EL CAMPO DEL OTRO

1. La Carencia del Sujeto: el Efecto Afanisis

Recorreremos esta vez más lentamente estas operaciones. Sabemos que el S_1 surge en el campo del Otro y en tanto representa al Sujeto para otro significante, condena al Sujeto a desaparecer bajo ese otro significante, el S_2 , el *Vorstellungsrepräsentanz*. El Sujeto, antes de ser representado por el significante, no es, y después de ser representado ya no es más, se cuaja en significante, cae afanísico, desaparece.⁽¹⁾ El S_2 causa la desaparición del sujeto, su afanisis.

La afanisis, entonces, es "efecto" de la alienación significante, subrayo que Lacan la llama así, "efecto afanisis", y representará la carencia del Sujeto. Situar esta primera carencia tiene toda su importancia, en tanto Lacan dirá que la separación se produce por el recubrimiento de dos carencias, la del Sujeto y la del Otro. El Sujeto está entonces, en un primer tiempo, "desaparecido" bajo los significantes que lo representan, no tiene otra sustancia que la de ser lo que un significante representa para otro, y es ésta su carencia, su falta en ser.

2. La Carencia del Otro: el enigma de su deseo.

Pero la cadena significativa del Otro no es compacta; en el intervalo entre los significantes de su demanda, entre S_1 y S_2 , allí se esconde, allí se desliza *cual un hurón*, dice Lacan, el deseo del Otro, su falta.

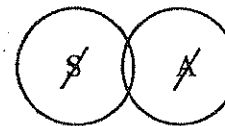
Como veíamos, es esto lo que falla en la psicósomática, el intervalo entre los significantes, por eso se produce la holofrase. Falta de intervalo y holofrase son sinónimos. ("Incluso llegaré a formular, que, *cuando no hay intervalo entre S_1 y S_2 , cuando la 1ª pareja de significantes se solidifica, se holofrasea...*") Pero antes de preguntarnos a qué puede obedecer esa falla, veamos cuál es el proceso constitutivo, tal como lo describe Lacan.

Que en el intervalo se esconda el deseo del Otro, aún no indica los pasos que serán necesarios para que se lo encuentre. "En los intervalos del discurso del Otro, surge en la experiencia del niño algo que es radicalmente señalable - *me dice esto, pero ¿qué es lo que quiere?*" Todos los por qué de los niños no apuntan a otra cosa que a encontrarse con el enigma del deseo del adulto.⁽²⁾

Este encuentro permite relativizar la demanda del Otro, de modo que no sólo habrá demanda, sino un más allá de la demanda. Ya no se tratará de un Otro absoluto, con una demanda unívoca a la que el Sujeto deberá obedecer ciegamente, sino que en el intervalo entre los significantes de su demanda podrá insinuarse un deseo que también el Otro desconoce. Un deseo enigmático, siempre deseo de otra cosa, abre la dimensión del malentendido. Me dices esto, pero ¿cuál es el deseo que se esconde más allá de tu demanda? Che vuoi?

Nos hemos así encontrado con la falta del Otro, con la condición de posibilidad de su deseo. Ya habíamos ubicado la falta del Sujeto, que situábamos en su desaparición, su afanisis, efecto de la alienación significativa. Tenemos entonces la falta del Sujeto y la falta del Otro. Pero haber ubicado ambas carencias todavía no produce la separación; decíamos con Lacan que, para que haya separación,

debe producirse el recubrimiento de estas dos carencias: el recubrimiento de la carencia del Sujeto y la carencia del Otro, indicado en la intersección de los círculos de Euler, que es una intersección vacía.



3. El Recubrimiento de la Carencia del Sujeto y la Carencia del Otro: la Función Afanisis

¿Qué quieres en realidad?, es la pregunta por el deseo del Otro. ¿Cómo resuelve el Sujeto este enigma? Lacan va a decir que el Sujeto responde como Gribouille, con la *falta del tiempo precedente*⁽²⁾. Gribouille es el tonto del pueblo. Va caminando por la calle alegremente y se encuentra con un cortejo fúnebre, al que saluda muy contento, "muy buenos días tengan ustedes". Se lo reprende y se le explica que no se dice así, sino "mi más sentido pésame". Sigue caminando y se encuentra con un cortejo nupcial, al que obedientemente saluda, "mi más sentido pésame".

El Sujeto, como Gribouille, responde con lo aprendido en el tiempo precedente, que, como recordábamos, es su desaparición, que había sido el efecto de la alienación significativa. Lo primero, el primer objeto que tiene a mano para ofrecer a la falta del Otro, para dar respuesta a esa pregunta enigmática, será pues, su propia desaparición: "*¿Qué quieres?*" pregunta. Y a modo de respuesta, agrega: "*¿quieres mi desaparición? ¿quieres perderme?*".

Como vemos, la afanisis, que hasta este momento era "efecto", debe ser puesta en juego como "función". En la medida en que esta función entra en juego será el pivote para interrogar el deseo del Otro. Me parece importante diferenciar la afanisis como "efecto" de

la afanisis en tanto "función", ya que, como se verá, Lacan define al Fenómeno Psicosomático como *la no puesta en juego de la "función afanisis"*.

Al mismo tiempo, queremos dejar subrayado aquí, que "su propia desaparición" es el primer objeto que el Sujeto tiene para ofrecer al Otro. En la medida en que los tiempos lógicos se sucedan convenientemente, este objeto primero será sustituido por otros. De lo contrario, no sólo será el primero sino también el único, como veremos más adelante cuando abordemos la anorexia.

4. El Pasaje de "Desaparecido" a "Perdido"

Hasta la entrada en juego de la afanisis en tanto función, el Sujeto simplemente estaba "desaparecido", "afanísico", bajo los significantes del Otro. La función afanisis, mediante la pregunta "¿puedes perderme?", da un nuevo estatuto al Sujeto. Este dejará de estar simplemente "desaparecido", para pasar a ser "perdible" para el Otro, identificado fálicamente a lo que al Otro le falta.

Si mediante el ofrecimiento de su carencia, el Sujeto logra alcanzar la carencia del Otro, estarán dadas las condiciones para que se opere la torsión del segundo tiempo, la separación. El Sujeto se hace objeto de la falta del Otro; se libera del peso afanísico del S_2 , excluyéndose de la cadena significativa, entrando en juego como objeto a.

Al producirse el recubrimiento de ambas carencias, la del Sujeto y la del Otro, se produce la juntura del deseo del Sujeto y del deseo del Otro, recortándose el objeto que no será del Sujeto ni del Otro. Quedan así abiertas las vías para la instauración de la neurosis de transferencia. Este es el tiempo de la separación, en el que el Sujeto deseante adquiere su "estado civil".⁽³⁾

También es en esta intersección entre Sujeto y Otro, en el corte en acto entre Sujeto y Otro, que Lacan sitúa al Inconsciente.

La mortificación que el significante ejerce sobre el Sujeto, lo hace desaparecer; el Sujeto es un desaparecido bajo los significantes. Sin embargo, esa desaparición del Sujeto, recibe una veladura, un recubrimiento. El Sujeto no transita por la vida como desaparecido, como falto de ser, sino que recibe el falso ser que le confiere ser el falo del Otro.

La "función" afanisis, con la pregunta "¿puedes perderme?", instala esta dimensión fantasmática de ser para el Otro. El pasaje de desaparecido a perdido da al sujeto un estatuto fálico, que le permitirá recubrir imaginariamente su falta en ser, haciendo el duelo por ella.

Como hemos visto, este pasaje de desaparecido a perdido depende no sólo de que se formule la pregunta *¿puedes perderme?*, sino también de que el Otro la responda afirmativamente. Esto es condición para que se produzca el recubrimiento de la carencia del Sujeto con la carencia del Otro, es decir la juntura de ambos deseos.

Entiendo que esto en sí ya constituye un trabajo de duelo, y funcionará como matriz para la elaboración de los duelos que el Sujeto deberá atravesar en su vida. Por el contrario, cuando este pasaje de desaparecido a perdido no se produce, cada nueva pérdida que sufra el Sujeto, se verá afectada por la dificultad de recubrirla imaginariamente y de articularla simbólicamente. Al mismo tiempo, actualizará este desarraigo instituyente.

Es conocida la íntima relación que tanto los psicoanalistas como los oncólogos reconocen a las pérdidas que no han podido ser elaboradas por el sujeto, con respecto, por ejemplo, a la eclosión de afecciones cancerosas.⁽⁴⁾

La necesidad de la simbolización de la falta del Sujeto respecto del Otro en tiempos instituyentes, ha sido también relevada por Freud. Piénsese, por ejemplo, en el comentario a pie de página, con el que amplía su conocida observación del juego del "fort-da".⁽⁵⁾

"Un día en que la madre estuvo ausente durante muchas

horas, el niño la recibió a su regreso con la comunicación: "¡Bebi - o-o-o-o!" que inicialmente resultó incomprensible. Pronto quedó claro que, estando tanto tiempo solo, el niño había encontrado un método para *hacerse desaparecer a sí mismo*. Había descubierto su imagen en el espejo de pie que casi llegaba hasta el suelo, y se agachaba de tal modo que su imagen especular estaba *fort*.

Obviamente, tratándose de tiempos instituyentes, la preocupación por saber si la propia desaparición inscribirá una pérdida en el Otro, no es exclusiva de los sujetos en los que podemos encontrar fenómenos al estilo acting-out, sino que es inherente a la neurosis en general.

Desde el tradicional juego de las escondidas, hasta el más moderno éxito de películas como *Mi pobre angelito*, podemos constatar la observación de Lacan: "el fantasma de su muerte, de su desaparición, es el primer objeto que el sujeto tiene para poner en juego en esta dialéctica, y lo pone en efecto - lo sabemos aunque más no sea por la anorexia mental. Sabemos también que el fantasma de su muerte es comunmente esgrimido por el niño en sus relaciones de amor con sus padres."⁽²⁾

Sin embargo, como nos muestra la clínica, son absolutamente diferenciables las distintas maneras en que esta preocupación se vehiculiza: habrá quienes lo consigan por la vía fantasmática y otros que requerirán de lo real de la escena.⁽⁶⁾

5. La Carencia Real ⁽⁷⁾

Decíamos que para que la separación se produzca es necesario el recubrimiento de dos carencias, la del Sujeto y la del Otro. Esta concepción de Lacan se vería privada de su verdadera dimensión, si olvidáramos que la primera carencia, -la del Sujeto como efecto de la alienación significante-, en realidad no es primera, sino que

encubre una carencia real que es previa.

Se trata, como sabemos, de la pérdida constituyente del Sujeto, la pérdida de su vida inmortal, puro instinto de vida irreprimitible, ya que, en función de su reproducción sexuada, estará afectado por la muerte biológica.

El ser hablante no es el único afectado por la muerte, pero sí el único, nos dice Lacan, que tiene el privilegio de captar el sentido mortífero de ese órgano incorporal que él llama laminilla, libido, *hommelette*, en su relación con la sexualidad. "Esto porque el significante como tal, al tachar al sujeto, de buenas a primeras ha hecho entrar en él el sentido de la muerte"⁽³⁾ nos dice.

La afanisis del Sujeto introducida por el significante, sólo adquiere dimensión real en la medida en que redobla la muerte introducida por la reproducción sexuada. A su vez, la muerte biológica a la que está sometido el viviente, sólo se le revela simbólicamente al ser hablante por intermedio del factor letal que introduce el significante. Es esta conjunción la que le permite intentar *hacer de su muerte el objeto del deseo del Otro*.

Nos hallamos pues ante un Sujeto herido de muerte, simbólicamente mortificado por el significante afanísico, y realmente sometido al peso de la muerte biológica.

Lacan recurre al mito de la laminilla, esa especie de ameba pegajosa y escurridiza, que por su reproducción escisipara resulta inmortal y también mortífera; puede colarse bajo las puertas y pasar a través de cualquier hendidura, y el hecho de ser irreal, no le impide encarnarse en el cuerpo. ¿Cómo acotarla? ¿Cómo detenerla sin que se nos cuele entre los dedos?

La laminilla, pura pulsión de vida inmortal, aún siendo imposible, deberá, además, volver a ser perdida. Hará falta para ello una operación, que intentaremos situar, gracias a la cual, la laminilla sólo mantendrá un resto de su vigencia a través de sus representantes. El Sujeto los encontrará - se trata de las distintas especies del objeto a - en el campo del Otro; la pulsión se dedicará a dar vueltas

alrededor de estos objetos con la intención de restañar la pérdida original, perdiéndolos una y otra vez.

La clínica nos da muestras de lo mortífero de la laminilla, cuando no ha sido dada por perdida. Un paciente aquejado de lo que se conoce como "Síndrome de Cotard", cotidianamente me hacía muda partícipe de su drama: aún sabiéndose muerto, nunca podría morir, su certeza radicaba en que, si se tiraba bajo un tren, sus pedacitos seguirían viviendo.

El goce no acotado de la laminilla puede adoptar también otra modalidad, que consiste en su encarnación en el cuerpo. Así, en el fenómeno psicosomático, la pulsión, al no poder dar vueltas alrededor de un objeto perdido, lo hará alrededor de un órgano, que resultará lesionado.

En ninguno de los dos casos, han venido al lugar de la laminilla, como sus sustitutos, los objetos que el sujeto naturalmente pierde, en primer lugar las heces, y luego la mirada y la voz.⁽³⁾

(Si bien con efectos y por motivos diferentes, psicosis y fenómeno psicosomático comparten la particularidad, de que la laminilla sigue vigente como tal, y no en tanto resto en el objeto pulsional. Como es sabido, también comparten la holofrase, que es otro modo de decir que ha fracasado el intervalo en el que se hubiera recortado dicho objeto.

Pero ¿cómo transformar una laminilla mortífera en un resto pulsional? Decíamos que ante el encuentro con la carencia del Otro, el Sujeto ofrece su pérdida; podemos decir ahora, ante la ambigüedad de esta formulación ("su pérdida"), que no sólo le ofrece su pérdida subjetiva (¿puedes perderme?), que le retorna de su alienación significante; también le ofrece, como retorno de su carencia real, su pérdida objetiva, es decir, lo que perdió por su reproducción sexuada, a saber, su vida inmortal representada en la laminilla.

"Este órgano de lo incorporal en el "ser sexuado", nos dice Lacan, "es esto lo que del organismo el Sujeto viene a colocar en el tiempo en que se opera la separación".⁽³⁾

Por ello al proponerse recubrir la carencia del Otro con su propia carencia, lo que nos interesa en realidad, no es tanto que el Sujeto colme la falla que encuentra en el Otro, sino, "en primer lugar, la pérdida constituyente, de lo que pierde por su reproducción sexuada".⁽³⁾

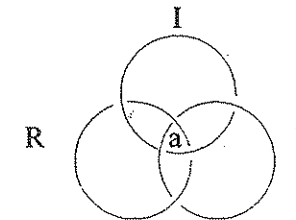
Es decir que si el Otro, por rechazar su falta, no recubre imaginariamente la pérdida del Sujeto, o si éste, por su parte, no puede ponerla en juego, el Sujeto permanecerá descarnadamente enfrentando a la Muerte, esa que, igual que al Sol, no se puede mirar de frente.

Adquiere pues toda su dramaticidad que este tiempo sea logrado: para protegerse del significante binario que lo hace desaparecer simbólicamente y que, como veíamos, no es más que un recubrimiento de su pérdida real constituyente -que es primera-, el Sujeto deberá atacar la cadena significante del Otro en su punto más débil, el del intervalo, operando para ello con su propia pérdida.⁽³⁾

Recordábamos las palabras de Lacan: "Nada en la vida de ninguno desencadena más encarnamiento para lograrlo". "Es por vía de la separación, que el sujeto podrá procurarse lo que le incumbe, un estado civil".⁽³⁾

La carencia real del sujeto, -su sometimiento a lo real del sexo y de la muerte-, por la intermediación de su carencia simbólica, -la que se produce al ser afanizado por los significantes que lo representan-, podrá ser positivizada en términos de carencia imaginaria sólo si el Otro acepta concederle ese estatuto fálico. Sólo si la carencia imaginaria anuda la carencia real y la carencia simbólica, el ser hablante, aún herido de muerte, podrá situarse como un Sujeto deseante.

En el triple calce del nudo, podemos decir ahora que se produce el recubrimiento -ya no de dos, sino de tres carencias, real, simbólica e imaginaria, donde se recorta el objeto a.



Haber alojado la pérdida del Sujeto en el campo del Otro, mediante la operatoria de la pregunta *¿puedes perderme?*, produce la juntura del deseo del Sujeto con el deseo del Otro y, como indica Lacan, abre la vía a la transferencia. Ubicada esta operación en tiempos instituyentes, podría decirse que abre la vía a la neurosis de transferencia en sí misma.

Intentaremos, con estos elementos, volver a la pregunta sobre el fenómeno psicossomático que nos había quedado pendiente.

Por otro lado, ha surgido para nosotros al menos una pregunta nueva, a saber, de qué manera escribir en el nudo borromeo, que podría no estar disponible el triple calce entre real, simbólico, imaginario, que permitiría la caída del objeto a.

Retomaremos esta última cuestión en el capítulo VII - (2).

Notas:

- (1) Véase la esclarecedora puntuación de J. D. Nasio en el Seminario Topología y Tiempo de J. Lacan (Inédito, clase del 15-5-79), transcrita en "El magnífico niño del Psicoanálisis", Ed. Gedisa.
- (2) J. Lacan - Seminario XI - Capítulo XVI - op. cit.
- (3) J. Lacan - Posición del Inconsciente - Ecris - Ed. du Seuil.
- (4) Véase p. ej. Jean Guir, Psicossomática y Cáncer - Ed. Catálogos.
- (5) S. Freud - Más allá del Principio del Placer - Cap. II - (Jenseits des Lustprinzips) - op. cit. El subrayado es mío.
- (6) En "Borde<R>s de la Neurosis" propuse una adivinanza: "¿Qué es un cadáver en un ropero? Un Borde<R> (diría hoy) que ganó a las escondidas". Piensese en cambio, en la versión folklórica pacificada de "yo a veces me hago el muerto, pa' saber quien va a llorarme..." (Gracias, Fontanarrosa).
- (7) El apartado que sigue formó parte de mi trabajo "¿Puedes perderme?" presentado en la Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis, Buenos Aires, Agosto 1995.